

MEGALOCEROS

ÁRBOL ADENTRO

Un libro es un bosque de hojas

MEGALOCEROS

LIBRO DEL CIERVO 1

GERARDO LIMA



CIERVO ROJO (*CERVUS ELAPHUS*)

I

El lugar donde se asentaba Pueblo se encuentra cerca de Lago Amarillo, está a menos de doscientos kilómetros. A los amarillenses no les gusta hablar de aquella zona, les remite a una verdad incómoda, a una posibilidad inquietante. Si un viajero ronda por sus viejos pastizales, o llega al lago y pregunta por Pueblo, recibirá una mirada ceñuda, obtendrá una dirección con el dedo, unas cuantas indicaciones y una amenaza velada: si vas a Pueblo mejor lárgate, forastero.

A mí me han hecho muchas preguntas, me dicen que debo saberlo todo, pues yo nací ahí, soy un lobo de esos páramos. Yo soy, así lo pienso, un estepario. Tanto he caminado que, ya cansado, me he detenido en Amarillo. Mis pezuñas se resienten por el calor de la arena, por el piso resquebrajado gracias a los rigores del desierto, y agradecen el afluente fresco de la región amarillense. La zona es una visión tripartita, una legión de ciudades fortificadas. Son tres: la ciudad, Lago Amarillo; el Puerto, pequeño aunque independiente; y Las Cascadas, al sur, una zona enclavada en la Sierra Mendocina que sobrevive gracias al ecoturismo y a los incautos.

¿Durante cuánto tiempo ha sobrevivido la zona? Tierra Grande no sería nada sin Amarillo, sin los tres Amarillos. Lo sabemos todos los que nacimos aquí, y más allá también lo saben, en el sur, hacia Veracruz, o incluso en Tamaulipas. Amarillo es el carbón que mantendrá encendida la hoguera cuando venga la noche helada.

Eso no es del todo cierto. Cuando llegue la noche helada, cuando no haya ningún Niño Amarillo ni otros dioses menores ni mayores que puedan resguardar la región, por mucho que se proteja por tres frentes, la tierra sufrirá bajo el rigor del hielo y del viento, como una mano herida por las espinas de cactus y nopales.

Cuando llegue la noche helada no habrá quien se mantenga en pie. Y la noche, dicen, ni siquiera será oscura, ni siquiera azulada, tampoco negra. Será del color de esta tierra y levantará las llamas bajo la arena, y se escucharán las estampidas venir, los viejos animales, las criaturas largo tiempo dormidas. Quizá yo tampoco siga aquí, si tengo suficiente suerte.

Por eso no me asusta nada de Pueblo, ni de su historia, la más reciente. Habrá otras y tal vez debamos aguantarlas. Sin embargo, no me considero alguien estúpido. Hay que saber alejarse de los peligros cuando los puños no son suficientes, y yo tengo los nudillos hechos mierda. Tantas enseñanzas de mi padre servidas como alimento para los cerdos. Desperdicios que no he sabido aprovechar. En mi defensa diré que mi querido padre me enseñó tan bien como pudo y que yo aprendí tan bien como supe. Y que la culpa no es ni de él ni mía. No estoy siendo condescendiente, simplemente sé reconocer cuando los vientos son capaces de rasgar las velas. Cuando no quedan más que escombros uno debe arriarlas, reparar los palos, regresar al puerto y esperar otra ocasión.

Sólo que yo no quiero esperar otra ocasión. Ni tú que-
rías, querido padre.

La casa que compré en Amarillo queda al norte de la ciudad. No está tan lejos del lago, pero sí hay que recorrer varias manzanas para mojarse los pies. Me hubiera gustado tener una vida junto al mar. Pueblo quedaba más cerca de Tamaulipas que de Puerto Amarillo, ser marinerero fue un sueño que nunca pude cumplir. Necesitaba mayor convicción, tozudez, o una suerte de mierda. Yo no he tenido ninguna de ellas, pero sé apreciar el agua cuando la veo. Sé que la del lago de Amarillo es salada en algunas secciones, aunque su nivel salino no es tan alto como el de algunos brazos de mar. Y que se caguen los geólogos, biólogos marinos y otros estudiosillos de universidad, porque los brazos existen. Los he visto muchas veces, oh, claro que sí. Y también he nadado en sus profundidades y me he escaldado los dedos de los pies con su salinidad. No soy de mar, aunque conozco el parecido de ciertos brazos con el verdadero. Lo dicho: sé reconocer la calidad del agua cuando la veo.

Estoy asomado desde mi ventana. Miro hacia el lago y pienso en las cosas que he perdido. No sé si quisiera tenerlas de regreso, me da la impresión de que preferiría que se quedaran en el fango. Quiero seguir purificando mi sangre con el agua del interior, incluso con la del mar. Sé que no sólo proviene la limpieza de las aguas. Me explico: sé que en ella también viven los rastros de oscuridad. En todas partes existen. Este mundo era un océano de tinieblas mucho antes de que el divino morrillo pensara en incendiar la noche. El planeta me mira, nos mira a cada uno de nosotros, y nos dice lo poco que le importamos. Lo he visto. Lo he escuchado. Es el mensaje del planeta.

La Tierra, desde entonces, ha seguido moviéndose, su inclinación lo dice todo, y se sacudirá hasta que no quede ninguno de nosotros sobre su superficie. Mientras eso sucede, seguiré apreciando uno de sus más grandes elementos. El mar me mira desde la ventana, lo hace con la forma de un lago. Tal vez debiera bajar de mi atalaya y acercarme a su orilla y ver el mundo, la ciudad de Lago Amarillo, circundarlo, inundarme, pretender que soy parte de él.

Si llego a la orilla podré ver la calma de sus aguas. Algunas lanchas y otras embarcaciones de recreo, pequeñas por fortuna, provocarán algunas olas. Hay peces debajo, agitando sus escuálidos cuerpos, haciendo que sus escamas brillen con los rayos filtrados del sol. Últimamente, y eso me preocupa —más de lo que quisiera admitir—, he escuchado a algún amarillense mencionar la tonalidad de los peces, los reflejos demasiado radiantes en sus escamas, «como si —aquí viene lo preocupante— el sol estuviera cambiando de tonalidad, de amarillo a rojo».

Eso ya lo he visto, y no desde mi ventana, ni tampoco a orillas del lago. Lo conozco bien porque ya he estado algunos años causando molestias. Quisiera que fueran más los que me separaran de Pueblo. Aún no son bastantes. Yo sólo aspiro a que mi hogar sea éste y a que no recuerde, más que de manera vaga, a Pueblo y su sol, el color de las cenizas y el color de los campos y de la tierra; los rayos rojizos del sol marcando las nubes, quemando los árboles, la carne de mis hermanos.

Hablo de Pueblo. Aquí nadie lo hace. No los culpo, tampoco les guardo rencor. Toda la zona amarillense, marcada por las tres poblaciones como una especie de venado (la trompa es Las Cascadas, el cuerno del oeste es Lago Amarillo y el cuerno oriental es el puerto), es un

caso de éxito. Aquí no se ha sufrido la violencia como en Tamaulipas o en otras ciudades del norte, o hasta del sur, como en Veracruz, ya que estamos. Aquí tampoco se han robado las alquerías, y hasta los pequeños ranchos sobreviven gracias a los italianos. No se han ido aún. Siguen pastando las bestias, siguen los quesos de los menonitas, los plantíos, hasta los árboles de maguacatas. Pero sólo los amarillenses saben de otro tipo de oscuridad que se cierne sobre ellos. Es un tipo de criatura más cabrona, se pega a la piel como una sanguijuela, uno no la siente hasta que está bien hinchada. Y cuando ya no puede absorber más sangre explota sobre la piel, hiriéndola. Ya no es sangre lo que queda, es una especie de veneno, y no hay antídoto. Aquí, hasta a los alacranes les tiembla la cola cuando perciben ese tipo de ponzoña.

No los culpo si en Amarillo no se quiere saber nada de venenos y cualquier desviación en el curso natural de las cosas es ignorada. Pero habría que extender las palmas y recoger los rastros que ha dejado el depredador en el gallinero. Puede que aquí en Amarillo lo llegemos a tener más jodido, y eso me asusta mucho más que «el accidente» de Pueblo. Si aquí pasa algo semejante no sólo traerá sangre y fuego, también atraerá a *la otra oscuridad*.

Desde aquí puedo ver La Antigua. Es tan anciana como lo dicta su nombre. Dentro de sus muros hubo quien podía leer frases invisibles, aspirar las palabras como si sólo fueran murmullos. Los balbuceos tras de la piedra aún permanecen intactos, firmes. Ya no queda nadie que pueda entrar e invocar las visiones y epifanías del templo, al menos nadie se ha metido desde hace décadas. Las historias sobre La Antigua las conoce cualquiera que haya nacido en Tierra Grande. Hasta en los estados vecinos se saben algunas. En ningún libro de historia, en

tríptico alguno, se ha detallado lo que es conocido por el boca en boca, por las historias de las abuelas y los viejos cuando la noche es fresca y se antoja ver el fuego crepitando en la hoguera.

Veo La Antigua y quisiera meterme en su interior, escuchar los viejos consejos. Lo que he visto en los peces del lago lo amerita. Temo que «el incidente de Pueblo» pueda volver a ocurrir aquí. Nadie me escuchará en Amarillo. Los ancianos me rehuirán y los jóvenes me tomarán por loco, ni siquiera los de mi edad escucharán lo que tenga que decir. No tengo contemporáneos en la ciudad. Nadie es contemporáneo de nadie en Amarillo. Aquí hay una espera, el momento antes de que venga el contagio.

He visto a los peces y en sus escamas luce el resplandor del sol y los tonos rojizos que embadurnan los cristales del agua. Cuando se pesca un ejemplar y se abre y se limpia, la carne se descubre marcada por un sol más cruel que el de siempre. No es el clima. En Pueblo cometimos el error de creer en los fenómenos meteorológicos, en las sustancias derramadas por industrias contaminantes. Arrastramos la mirada hacia el horizonte y hacia el cénit, y la volvimos a bajar, convencidos por las explicaciones de los estudiosos, desestimando su significado. Sin embargo, la gente de a pie habló, en especial uno de mis viejos conocidos, un piscicultor aficionado. Él ya había visto esas mismas señales.

Hubo cierto nerviosismo. Escuchabas a los vecinos caminar por la calle principal mientras compraban víveres para ocultarse por días dentro de sus casas. Ya nadie iba a comprar como si nada estuviera pasando. Las carnicerías trabajaban por turnos. Vendían más carne los martes y los jueves. Guardaban a las reses y a los cerdos del cuchillo, sabían que no sería necesario tener carne

fresca todos los días. La gente acudiría una o dos veces a la semana y se largaría golpeteando las suelas contra el polvo del desierto.

Yo mismo puse a trabajar mis refrigeradores, un par de ellos que aún funcionaban tras quince años de trabajo. Eran buenas máquinas. Seguí guardando carne y verduras hasta que me di cuenta de que tenía tantas papas como para aguantar un ataque biológico, una guerrilla del narco, un conflicto nuclear.

Dejaba algunas botellas de aceite en las alacenas y guardaba el resto en el sótano. Reservas. Yo no era estúpido, nadie en Pueblo lo era. Podíamos percibir el tono del sol bajo los párpados, también en los peces que sacábamos de las lagunillas. No necesitábamos de Amarillo ni de su lago. Nos sentíamos a gusto con nuestros propios recursos, protegiendo las lagunillas, los tomaderos de ciervos, los matorrales cercanos, las cactáceas de la sierra y sus pequeños árboles marcados por buena madera, nada resinosa. Además, en Pueblo éramos conocidos por criar buen ganado. Yo mismo era un buen ganadero. No todos en Tierra Grande veneran la región amarillense. A veces la envidiamos. Pero más veces la hemos temido.

Viendo el lago desde mi ventana, pensando en La Antigua y en quienes un día la cuidaron y protegieron los secretos del templo, en quienes estudiaron libros negros bajo el cobijo de sus muros, me pregunto cuál es la verdadera razón de la supuesta tranquilidad de la región. Milagro norteño (o norestense, si uno es más local), le han llamado. En parte sí, claro. Mas, quienes habitamos en la zona, quienes hemos sentido en la piel el humor de la región, quienes hemos olisqueado su aire, sentido bajo las botas su suelo, quienes hemos visto el Lago Amarillo a cualquier hora del día o de la noche, percibimos una

tenue oscuridad, una tonalidad como de ocaso, como de enfermedad y muerte. Ésa es la razón, y se contagia. Tememos a la zona. Tememos a Amarillo.

Si yo he venido buscando refugio en la ciudad y en el lago, ¿qué dice eso de mí? ¿Soy muy valiente o muy estúpido?